



Jesús le preguntó: "¿Quieres sanarte?"

Jn 5, 1-3a.5-18

Se celebraba una fiesta de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Jesús "subió" a Jerusalén dado que está a unos 750- 800 metros de altura, de cualquier parte que se vaya hay que "subir." Además, este término se vino a hacer usual para indicar los viajes a la Ciudad Santa en las tres grandes fiestas de peregrinación preceptuadas en la Ley. Se trataría, en esta lectura, de una "fiesta" de las tres principales que se celebraban en Jerusalén: Pascua, Pentecostés o Tabernáculos, y a las que todo varón israelita debía presentarse en el templo (Ex 23:14-17; 34:23ss; Dt 16:16). En todo caso no se precisa cual, porque dice "una fiesta de los judíos".

San Juan, describe un baño público o piscina llamada en hebreo "Betsata", que estaba situada "junto a la (puerta) Probática," y cuya piscina "tenía cinco pórticos," es decir, lugar cubierto, cuya techumbre está sostenida por columnas, dejando el resto descubierto. En estos pórticos yacía habitualmente una "multitud" de enfermos, dice el Evangelio; "Bajo estos pórticos yacía una multitud de enfermos, ciegos, lisiados y paralíticos" Esta multitud de enfermos no iba allí como a un lugar de cita o entretenimiento: los llevaba una esperanza de curación. "Esperaban el movimiento del agua." Pensemos que eran aguas termales, que se agitaban porque el chorro produjese ebullición y movimiento del agua, y al ingreso a ella, tuviese propiedades curativas.

Nos imaginamos la escena de aquella piscina pública llena de enfermos. Era una verdadera "multitud" de ellos la que estaba allí expectante ante el movimiento de aquellas aguas. Había entre ellos un hombre que llevaba enfermo treinta y ocho años. No dice el texto que estuviese allí los treinta y ocho años, aunque será lo más probable suponer que llevase allí, en las horas permitidas, ya mucho tiempo. La esperanza de su curación había de llevarle casi instintivamente allí, como a tantos otros.

No dice el evangelista la enfermedad que padeciese. Sólo dice que estaba allí en una camilla. Parece, pues, que se trataba de una forma más o menos acentuada de parálisis, pues no podía valerse totalmente, sino con gran dificultad, acaso arrastrándose. Jesús le ve, le mira en su camilla, y Al verlo tendido, y supo que hacía mucho tiempo que estaba así enfermo. Esto pudo saberlo Jesús por una información directa del enfermo. No obstante, la impresión del texto parece ser que se trata del conocimiento natural de Jesús de los hombres, y es lo que parece sugerir cuando Jesús le encuentra, después de curado, en el templo y le dice que no vuelva a pecar para que no le suceda cosa peor.

Entonces Jesús, descubre entre la multitud a un enfermo se para ante él, lo ve desamparado y necesitado de auxilio. Esto es algo natural en Jesús, se fija en los desamparados, en los más necesitados, en los imposibilitados y amorosamente los socorre. Conoce por su ciencia sobrenatural el origen de su enfermedad, la duración de la misma, porque la mirada de Jesús, penetra en lo más íntimo del corazón y lo descubre todo. Así, fija en él los ojos de su misericordia y le pregunta si quiere ser curado. Es una frase que iba cargada de sentido. Todo enfermo desea curar; su simple presencia en aquella piscina prodigiosa era una prueba de su deseo. Pero era esta pregunta un modo de despertar su fe y levantarle la esperanza. Mas el parálítico no piensa en una posibilidad de curación milagrosa por obra de su interlocutor. Entendió, por la pregunta que le hizo, si ponía los medios necesarios para obtener su curación en aquella piscina. Era su obsesión. Es lo que le responde el parálítico.

A este enfermo, así impedido para ensayar aquellos medios de hidroterapia, le había llegado el turno de los prodigios de Dios. Estaba estancado en su enfermedad para que en él se manifieste la gloria de Dios (Jn 9:3; 11:4). Por eso le dijo Jesús: "Levántate, toma tu camilla y camina". En seguida el hombre se sanó, tomó su camilla y empezó a caminar."

Esta curación va a traer un conflicto con los fariseos, porque, cuando Jesús hizo este milagro, "era día de sábado." La enseñanza del Génesis sobre el séptimo día (Gen 2:2.3) fue la base de la prescripción del descanso de toda obra en el día del sábado. Pero luego los rabinos añadieron a esta legislación una serie tal de interpretaciones, prescripciones y prevenciones tan casuísticas, que resultaban ridículas e inhumanas, yendo así contra el mismo espíritu de la legislación.

Así, entre otras muchas cosas, se prohibía frotar las manos (Mt 12:2), saltar, encender la lámpara; se había limitado el número de pasos que se podían andar ("camino de sábado"); hasta se debía dudar en visitar a los enfermos, y, llegándose al caso, hasta prohibir las curas que supusieran algún movimiento de miembros; si se desencajaba un pie, no se lo podía articular por nadie; ni estaba permitido por su propio movimiento meterlos en agua; sólo se permitía lavarlos por fuera, con lavado ordinario Y entre los trabajos claves prohibidos en sábado estaba expresamente citado el transportar un objeto de un lugar a otro.

Por eso, cuando los "judíos," que en San Juan son frecuentemente los enemigos de Jesús, y que aquí deben de ser los dirigentes, estrechos y mal intencionados ven aquel enfermo curado, y posiblemente rodeado de gentes que presenciaron el milagro, o que él mismo lo proclamaba con gestos y gritos de alegría, le decían insistentemente y conminaban que no le era lícito llevar la "camilla" en que había estado echado tanto tiempo.

Pero la respuesta del parálítico curado fue contundente: "El que me sanó me dijo: "Toma tu camilla y camina" No era una salida para librarse de responsabilidades con los fariseos, disculpándose con la orden recibida; era el buen sentido el que le hacía concluir, con lógica, la licitud de aquella acción.

Jesús no sólo lo cura, sino que además le manda llevarse su camilla, esto era para que el milagro fuese patente y para salir por los fueros de la caridad, contra la seca e inhumana casuística de los rabinos. También una camilla para un pobre era un factor de sus bienes. Para la sutileza rabínica era lícito transportar en sábado un enfermo acostado en una camilla, pero no la camilla sola.

Ellos le preguntaron: "¿Quién es ese hombre que te dijo: "Toma tu camilla y camina"? Pero el enfermo lo ignoraba, no conocía su fisonomía, porque estaba habitualmente encerrado en los pórticos de la piscina Probática y porque Jesús había desaparecido entre la multitud que estaba allí. Después, Jesús lo encontró en el Templo y le dijo: "Has sido sanado; no vuelvas a pecar, de lo contrario te ocurrirán peores cosas todavía". El milagro causó fuerte conmoción. El paralítico curado debió de ir a los suyos, aunque algún celoso fariseo le hubiese impedido ir con su camilla a cuestas. Después pasó un tiempo indeterminado, que no debió de ser mucho. Y de una manera al parecer casual, pero que era providencial, Jesús encontró en el templo al paralítico curado, que había ido a la casa de Dios para agradecer el beneficio. El curado no conocía a Jesús; es éste quien le encuentra y se da a conocer.

El hombre fue a decir a los judíos que era Jesús el que lo había sanado. Ellos atacaban a Jesús, porque hacía esas cosas en sábado. Él les respondió: "Mi Padre trabaja siempre, y yo también trabajo".

Jesús, garantiza la autoridad que tiene para obrar así y expone cómo el Hijo tiene toda su actuación en íntima unión con el Padre. Pero para los judíos ésta era una razón más para matarlo, porque no sólo violaba el sábado, sino que, además, se hacía igual a Dios, llamándolo su propio Padre.

Jesús, nos ha demostrado que él quiere curarnos, pero no lo hace hasta que nosotros lo deseemos y se lo pidamos. ¿Cómo?, con la oración, porque el que reza y le cuenta sus necesidades, con confianza y honestidad, recibirá su ayuda. Es en ese minuto cuando nos damos cuenta como el Señor se preocupa por nosotros. Muchos nos podrán abandonar y no nos prestaran auxilio, pero Jesús estará ahí con nosotros, a nuestro lado, con toda su bondad.

El Señor les Bendiga

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant